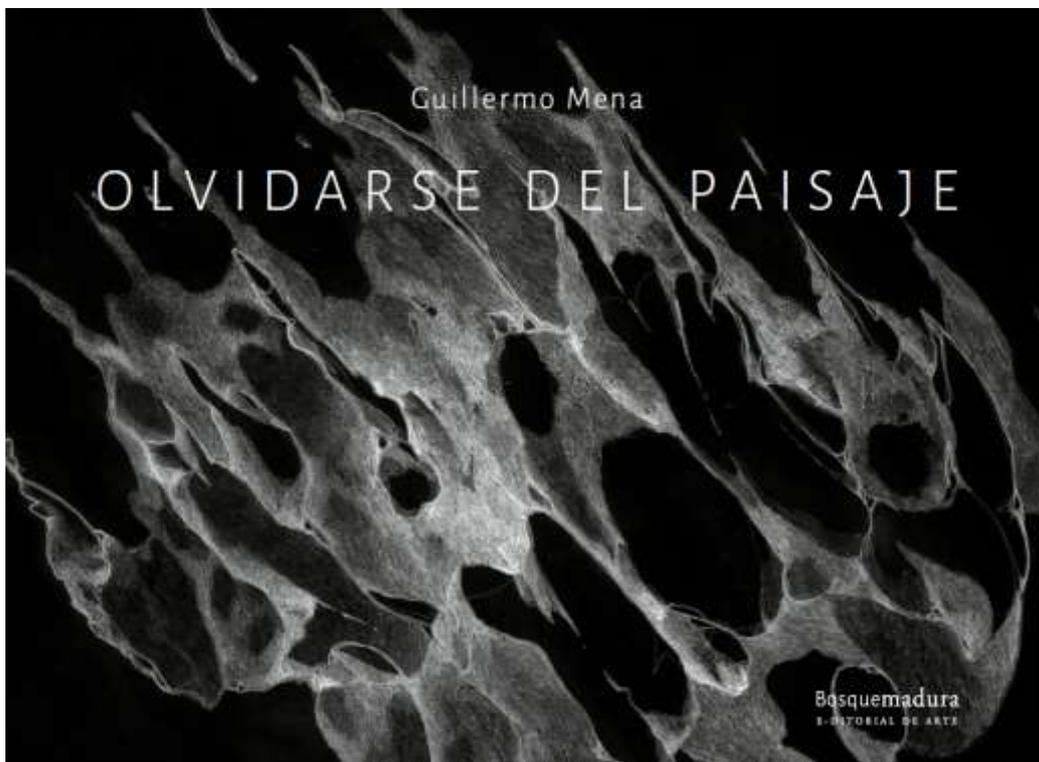


“Regreso al carbón por madera”: la posible captura de lo efímero en la creación con lo natural en *Olvidarse del paisaje*, de Guillermo Mena

“I return to coal through wood”: the possible capture of the ephemeral in the creation with the natural in *Olvidarse del paisaje*, by Guillermo Mena

Guadalupe Garione
Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Filosofía y Humanidades
guadalupegarione@mi.unc.edu.ar
ORCID: 0009-0005-3650-9874



Acerca de: Mena, G. (2023). *Olvidarse del paisaje*. Córdoba: Bosquemadura

La imagen de la portada de *Olvidarse del paisaje* de Guillermo Mena está formada por trazos blancos sobre un fondo negro. De la misma manera en que las letras que nombran al libro, a su autor y a la e-ditorial Bosquemadura están teñidas de blanco, trazos de este color forman una figura agujereada, difuminada y de diversos tonos blanquecinos y grises sobre un fondo oscuro, negro. Es complicado para alguien que suele trabajar exclusivamente con palabras (o, mejor dicho, poco con imágenes, trazos) nombrar y describir el dibujo que protagoniza la portada de este libro, pero hacerlo es, tal vez, el desafío que este propone: cómo nombrar aquello que solo puede expresarse por medio del trazo, aquello que solo sabe decir la misma materia que está dibujando.

Desde aquí, me interesa destacar algunos puntos, motas de polvo, quizá, que sobrevuelan esta obra incluso en su virtualidad. Por una parte, la dinámica de los colores mencionados con insistencia en el párrafo anterior. El contraste entre el fondo negro y las letras y la imagen en blanco que se puede distinguir en la tapa es una constante que tensiona toda la lectura del libro. Principalmente en el uso de la palabra —sea esta poética cuando es empleada por el mismo Guillermo en alternancia con las demás imágenes que habitan el libro o introductoria y analítica en las propuestas de Adriana Musitano y de Gabriela Milone en la presentación de la obra (“Tomar la palabra, el papel, las pantallas”) y en el ensayo que la acompaña (“Urgencia material”) respectivamente— podemos observar el predominio del blanco sobre el negro; la palabra hecha virtualidad que propone, lee, repiensa y reflexiona trayendo, en una lectura literal, “luz” a la oscuridad en que se presentan los dibujos. Y planteo muy tentativamente esta posibilidad porque, a diferencia de la que está en la portada ya mencionada, las demás imágenes introducen una dinámica del color que es exactamente opuesta: un juego del negro sobre el blanco.

A partir de esto, podemos comprender la estructura del libro. Este se compone de un conjunto de obras que se alternan con una serie de poemas (ambos creados por Guillermo), registros fotográficos de las instalaciones donde las creaciones del artista se han presentado, un prólogo y un ensayo. Las

páginas negras se tensionan con páginas blancas intervenidas por el trazo negro y gris, por dibujos en que estalla la carbonilla con que se los ha realizado, en un contraste habilitado, ahora, por una dinámica de colores contraria a la pensada con anterioridad.

En este sentido, incluso, al escribir este texto, al seguir consultando el libro, he ido y vuelto por él de manera rápida, subiendo y bajando por el archivo en busca de imágenes o fragmentos de textos específicos, viajando por esa alternancia. Hacerlo con velocidad invita a una especie de ilusión óptica, a descubrir *flashes* de blanco en un mar negro que me hacen pensar en cómo el juego de luces y sombras funciona en niveles diferentes a lo largo de toda la obra.

Y son aspectos como este, el uso del color, los que hacen a *Olvidarse del paisaje* particularmente interesante. Por una parte, porque este es, desde mi perspectiva, solo la punta del hilo desde el que se puede comenzar a leerlo — así como podemos pensar en la dinámica del blanco y el negro, podemos identificar muchos otros elementos que se tensionan y problematizan—. Y, por otro lado, porque todos estos hilos se encuentran entrelazados de manera tal que tirar de uno de ellos da pie a múltiples interpretaciones, a encontrar en él mojonos de lectura que hacen estallar los sentidos posibles hacia diversas problemáticas hoy en agenda —la crisis climática, los vínculos posibles y ya existentes entre lo humano y lo no humano, la tensión entre la palabra y el cuerpo, la potencia de la palabra poética en particular, entre otros—, hacia muchas lecturas posibles.

Por otra parte, retomemos la pregunta hecha al comienzo —cómo nombrar aquello que solo sabe decir la materia que está dibujando—; en ella se puede encontrar una segunda mota de polvo para pensar la obra. Debemos tener en cuenta, como explica Adriana Musitano, que Guillermo recoge ramas caídas, las quema y obtiene, de allí, la carbonilla necesaria para dibujar. En palabras del artista,

expansión del dibujo, cuando el dibujo termina no siendo solo la imagen que está en el papel o en el muro, sino que es lo que pasa antes, la generación del material ... ese material que es árbol, que pasa de rama seca a carbonilla. (Musitano, 2023, p. 4).

En cierto momento del libro, él escribe: “regreso al carbón,/al carbón por madera,/por materia ... /destruido, crudo, quemado ... /desmembrar el dibujo,/entenderlo como un suceso destructivo ... catástrofe, visto ... /me

reclama sin sentido/mi pelea con el dibujo” (Mena, 2023, pp. 20-28). Estas palabras se alternan con imágenes; estas se llaman: “Carbonizado/Quemado 01”, “Carbonizado/Quemado 02”, “Mano en llamas” y “Tormenta”. Hay algo interesante, llamativo, como lo propone Gabriela Milone en su ensayo, en preguntarnos por la materia con la que se crea, por ese carbón, por esa cadena “del paisaje al dibujo” en que podemos pensar al bosque, a la montaña, a la madera, a la carbonilla (Milone, 2023, p. 80); es decir, a ese bosque quemado, pero vivo aún en ese trozo de carbón con el que Guillermo trabaja, que ¿necesita? decir, que ¿lo hace? dibujar, que es una fuerza de acción al mismo tiempo que es un recurso. Solo se puede hablar del bosque por medio del bosque; solo se puede nombrar aquello que se dibuja por medio del dibujo. Las palabras, paralelas/opuestas en su dinámica del color a las imágenes, compañeras y pistas en la lectura, solo pueden ofrecer sentidos, solo pueden acompañar y describir procesos —¿el proceso del artista?, ¿el del carbón?, ¿el de ambos?— y dejar la puerta abierta a que el lector se deje sorprender y afectar como podemos suponer que le ha pasado a Guillermo.

Al intentar escribir esta lectura, estas opiniones, al intentar hablar sobre lo que no está propuesto —únicamente— en palabras, considero que se continúa haciendo cada vez más evidente, como ya planteaba al comienzo, la manera en que todo lo que hace a *Olvidarse del paisaje* está imbricado, del mismo modo en que las raíces de un bosque no dejan de sostenerse llueva, truene, se quiebre o se queme. Es así como de lo recién desarrollado salta una tercera mota de polvo, una tercera partícula de carbonilla para seguir pensando.

Planteaba antes que las palabras pueden entenderse como una forma de comprender el trabajo del artista, pistas de ese enfrentamiento (en el mejor sentido posible) entre el humano y la materia, pero no puedo dejar de enfocarme en los dibujos y su fortaleza para recuperar este aspecto. Las imágenes en la obra han sido seleccionadas con un cuidado que hace a la lectura de este libro una en la que no solo se puede intentar comprender, si seguimos leyéndolo así, qué nos dice el bosque, sino, una vez más, qué nos dice, en conjunto con él, Guillermo Mena. Muchas de ellas no solo recuperan obras acabadas, sino el proceso: una captura de lo efímero de la producción, del “dibujar” en infinitivo, del “Guillermo dibujando” en gerundio. Pensemos en la mano difuminada por el movimiento, en un trazo literal; en una mano que se mueve en el instante en que se saca la fotografía, como sucede con la primera que aparece en el libro, que

es, justamente, del artista dibujando. Vuelvo también a las imágenes de instalaciones presentes en la obra, como aquellas de “Esto no es una huida” o “El Fin de un Paisaje”.

Llevando esta propuesta un poco más lejos, considero que podemos identificar una captura de lo efímero en todos los dibujos, incluso en aquellos que se podría pensar como acabados. En su textura y su propuesta, uno puede imaginar una mano que se ha movido de formas distintas, que ha tomado el carbón de maneras variadas; una mente que ha pensado, un corazón que ha sentido, una piel que se ha manchado. Y es allí donde, quizás, se captura lo más efímero: el bosque se recupera en esa imagen, vuelve a vivir en la latencia del grafito que sigue, reelaborado, creando en su propia presencia.

En este sentido, me interesa recuperar un momento del libro en que Guillermo escribe:

lo que separa a una nube de ser montaña es un trámite de volatilidad...
se desmorona, derrumba y no son árboles,
aunque algo parezca humo, se va tan fácil como se queda
No son árboles porque duran nada
aunque la forma sea terca, igual se me va de los ojos (2023, p. 57)

Podemos, a partir de esto, cuestionar hasta qué punto es posible, efectivamente, una captura de lo efímero tal como la proponía antes. Se presenta, una vez más desde el juego entre palabras e imágenes, una especie de tensión o diferencia que habita, desde mi propuesta, en los elementos de la naturaleza que desde el texto y los dibujos se van recuperando. Volviendo a la cita, nunca termina de ser del todo claro hasta qué punto la permanencia es causada por la materialidad; la frase es lo suficientemente ambigua: ¿es la nube, que es humo, lo que se va o lo que se queda? Podríamos decir que sí se explicita que los árboles se oponen a ella porque sí durarían; sin embargo, ¿los árboles duran por su transformación? ¿Es, volviendo a la recuperación de la palabra de Guillermo que hace Adriana Musitano, a causa de la expansión del dibujo?, ¿es porque podemos, en la carbonilla, ir hacia atrás, encontrar la rama y, desde ella, al árbol, que consideraríamos a este con una permanencia diferente a la de la nube?

Sin embargo, y es aquí donde se evidencia la lograda relación dialógica entre palabra y trazo, es central pensar en las imágenes de la nube que se presentan en *Olvidarse del paisaje*: “Nubes distantes”, “Serie Nubes distantes” y “Serie Nubes distantes 2”. ¿Qué ocurre cuando el carbón, cuando el material,

que es árbol que permanece, dibuja (o hace dibujar) lo que se desvanece? ¿Lo hace, también, permanecer?

De la misma manera, podemos preguntarnos por otras representaciones y por otro elemento, donde el vínculo entre la palabra y la imagen genera, desde esta mirada, el efecto inverso: la montaña. Luego de lo recién citado, Guillermo escribe: “cada vez que vi una montaña se me nubló la vista/se me escondió una nitidez/cada vez que veía una por última vez, se me decoloraba todo/y por alguna razón los ojos se hicieron montaña que crece” (2023, p. 58). Se presenta en el libro una construcción de la montaña en su constante presencia, en su seguridad —“*las montañas van a estar*” (Mena, 2023, p. 12)— y, sin embargo, los dibujos proponen algo diferente. “Montaña que se va”, “Montaña que se va 02” y “Montaña que se va 03” presentan una deconstrucción en líneas y manchas de esta figura que me hace preguntarme, nuevamente, ¿es la carbonilla, la mano que dibuja, esa conjunción, lo que habilita a hacer efímero lo permanente? Y al hacerlo, ¿no vuelve esa transformación, una vez más, también algo fijo? ¿No lo hace también la fotografía del dibujo, su publicación? Ninguna de estas preguntas tiene para mí una respuesta y no creo que este libro busque que la tenga. Se abren más líneas, más ramas desde las motas de polvo que saltan del trazo del carbón.

En su ensayo, Gabriela Milone recupera el título de la obra y se pregunta si *Olvidarse del paisaje* será, tal vez, “uno de esos oxímoron que vienen a subrayar el momento preciso de lo imposible” (2023, p. 78). Considero, a partir de su propuesta, que hay un resto presente en la materia con la que se crea que hace imposible que podamos olvidar su origen. En cierto momento, Guillermo escribe: “acumulo secuencias que se transparentan,/forcejean, quedan nubladas.../el camino se ensordece/esos grises se amasan, es este video en/donde el bosque se vuelve reventado/¿se volvió recuerdo?” (2023, p. 71). Como recién planteaba, el libro cuestiona y tensiona constantemente la posibilidad de conservar lo efímero, sea esto elementos naturales que se desvanecen en el aire o que se queman, la carbonilla que se impregna en los dedos, las acciones realizadas por el artista en conjunto en esa misma naturaleza o, por qué no, recuerdos y memorias que permanecen en trazos y en palabras como las que he citado a lo largo de este texto.

Ante esto, me parece que *Olvidarse del paisaje* es una invitación a olvidar el bosque como solemos pensarlo; lejano, evanescente, pasivo. Dejar de lado,

deconstruir la imagen tradicional que tenemos de él para expandirlo, para incluir las formas que este toma, resilientemente, para que podamos encontrarlo, recordarlo, reconocer su agencia y reinventarlo en otros espacios; en las artes, en las acciones humanas que lo tienen en cuenta para crear.

Referencias

Mena, G. (2023). Olvidarse del paisaje. Córdoba: Bosquemadura.

Milone, G. (2023). Urgencia Material. En Mena, G. Olvidarse del paisaje (pp. 78-88). Córdoba: Bosquemadura.

Musitano, A. (2023). "Tomar la palabra, el papel, las pantallas". En Mena, G. Olvidarse del paisaje (pp. 4-7). Córdoba: Bosquemadura.

Fecha de recepción: 29 de mayo de 2024

Fecha de aceptación: 07 de junio de 2024

Licencia  Atribución
- No Comercial - Compartir Igual
(by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original. Esta licencia no es una licencia libre.

